



Esther Sáez, posa en Alcalá de Henares, donde cogió uno de los trenes atacados aquel 11 de marzo de 2004. :: OSCAR CHAMORRO

«En el hospital estaba conectada a mil máquinas y cuando pitaban, sentía que me iba»

Esther Sáez Víctima del 11-M



LORENA GIL

lgil@elcorreo.com

Herida crítica en los atentados en los trenes de cercanías de Madrid, relata su dolor y su afán de superación cuando se cumplen quince años del ataque yihadista

BILBAO. Viajaba sola en el tren. Hasta febrero solía ir con su marido, pero le acababan de cambiar el lugar de trabajo y empezó a ir en coche. «Menos mal», suspira. Aquel 11 de marzo de 2004 Esther Sáez se subió al tren en Alcalá de Henares. Era el único convoy compuesto por vagones de dos plantas. Apenas eran las siete de la mañana. Las puertas se cierran. La gente mira por la ventana, lee un libro o escucha música.

ca. Una mañana como otra cualquiera. Media hora después dos bolsas o mochilas explotan cuando se encuentran en la estación de El Pozo. Es una de las trece explosiones simultáneas que destruyen distintos trenes en Madrid. El mundo se para. Y las vidas de 191 personas, también. En un suspiro. Después fallecerían otras dos. Más de 1.800 resultaron heridas. Una de las bombas estaba colocada detrás del asiento de Esther. Le dieron «24 horas de vida». Formaba parte del 'grupo 12' de críticos. Fue la segunda persona más grave —la primera falleció el año pasado— en los atentados del 11-M.

Su voz es suave, amable. La tragedia no le ha hundido en el resentimiento ni en el odio. El «jefe», como ella llama a Dios, le ha ayudado a abrazar con fuerza la segunda oportunidad que le ha brindado la vida. Su fe, pero también su lucha. Que ha sido mucha: 19 días en la unidad de críticos, una docena de intervenciones —la próxima, debido a las secuelas, será en septiembre—. Tiene un 67% de minusvalía. La explosión le destruyó y ella habla de aquello con naturalidad. In-

cluso invita a la periodista a preguntar «sin reparos». Hay veces que tópicos como 'ejemplo de superación' parecen quedarse cortos. Esther comparte su dolor. «Me mantuvieron en coma inducido por el estallido de mis pulmones, mis quemaduras y un coágulo en la cabeza que se produjo por todo lo que se me cayó encima. Estaba desangrándome por dentro y no lo veían, ni me podían abrir. Al final pudieron sellarme la arteria hepática», explica. Tras cinco días en coma, la despertaron porque se seguía ahogando pese a tener un respirador. «Me dolía todo, estaba conectada a mil má-

quinas y cada vez que pitaban sentía que me marchaba», se sincera. «Mi familia estaba pegada al teléfono porque cada vez que se iban del hospital pensaban que ese podría ser el último día que me viesen». El personal sanitario del Gregorio Marañón la bautizó como 'el milagrito de la REA (reanimación)'. «Los médicos nunca tiraron la toalla», agradece.

Esther no podía hablar. Y lloraba. «Lloraba mucho». «¿Sabes por qué estas aquí?», le preguntó una enfermera. Carecía de información. Durante el atentado no perdió la conciencia en ningún momento, a pe-

Discurso en el 'Remember day' de la Comisión Europea

Mañana, 11 de marzo, la Comisión Europea organizará el acto bautizado como 'Remember day'. Esta efeméride se instituyó a raíz de los atentados en los trenes de cercanías de Madrid de 2004 como Día Europeo por las Vícti-

mas del Terrorismo. Una delegación de damnificados españoles viajará a Bruselas para ofrecer su testimonio a modo de discurso. Esther Sáez, herida crítica en la estación de El Pozo, será una de las víctimas que tomarán la palabra en el Parlamento Europeo. El grupo lo conformarán, entre otras, Sara Buesa, hija del exparlamentario del PSE-EE Fernando Buesa, y Barbara Dührkop, europarlamentaria y viuda del so-

TESTIMONIO

Amnesia parcial

«Es muy duro que entren tus padres por la puerta de tu habitación y no los reconozcas»

Reacción de los políticos

«En lugar de echar el resto para averiguar quién había sido, su afán era culpársenos unos a otros para ganar las elecciones»

Coger el tren de cercanías

«Lo he intentado tres veces, pero la noche anterior vomitaba»

sar de la gravedad de sus heridas. «Por eso a día de hoy me vienen imágenes, olores e incluso voces», apunta. Y pesadillas. En el hospital, un médico residente que doblaba guardias «se pasaba horas sentado en una silla» a su lado. «Me daba la mano y me contaba cosas para que me tranquilizara», evoca con cariño.

Ella siempre creyó que había sufrido un accidente de avión. «Por trabajo solía viajar bastante —es farmacéutica— Nunca imaginé que había sido un atentado terrorista en el tren», reconoce. Su marido le fue contando poco a poco lo ocurrido. «¿En serio?», pensó. Un marido al que sentía que quería, pero con el que no recordaba haberse casado. Ni tampoco haber tenido dos hijos, de año y medio y tres años. Sufrió amnesia parcial. «Es muy duro que entren tus padres por la puerta de tu habitación y no los reconozcas», relata.

— ¿Cómo se afronta algo así?

— Nunca se lo dije. Ellos no supieron que yo no los conocía. Cuando les veía entrar les sonreía, sin saber que eran ellos. Se lo dije unos días después, cuando los vimos más fuertes. Se quedaron alucinados.

— Perdóname, ¿pero cómo gestionó el hecho de no recordar que tenía hijos?

— Nunca vinieron al hospital. Y yo no quise hablar con ellos por teléfono. Quería estar fuerte, armarme, para darles una sonrisa.

cialista Enrique Casas. Ambos fueron asesinados por ETA.

Euskadi también celebrará distintos homenajes. Hoy, víspera del 11-M, el Memorial de Vitoria celebrará un acto abierto al público en el que las protagonistas serán cuatro víctimas. Mañana, el Gobierno vasco, con el lehendakari a la cabeza, llevará a cabo en San Sebastián una concentración en memoria de todos los afectados por el terrorismo.

DECIMOQUINTO ANIVERSARIO DEL 11-M



Estado en el que quedó uno de los vagones tras la explosión en la estación de El Pozo. :: I. PEREZ

A Esther le tocó empezar de cero. A todos los niveles. «Sientes una injusticia tremenda. Piensas que no has hecho nada que justifique lo que te han hecho. Y lloras y lloras. Hasta que llega ese punto de inflexión en el que te preguntas hacia dónde quieres ir. Hay que reconstruirse desde el fondo, y yo toqué fondo», explica. Estuvo tres años trabajando con un logopeda para volver a aprender a hablar. A la semana de subir a planta, su padre le llevó un cuaderno. Le hacía dibujos y ella los copiaba. «Se me caía el boli de la mano y mi madre lloraba. Pero lo intenté más de diez veces hasta que lo conseguí», comparte.

— ¿Recuerda cuál fue su primera palabra tras el atentado?
— 'Rico'. En la unidad de críticos me dieron un flan de vainilla. ¡Me encantó!

Volver pasar por El Pozo

La fe, su familia y los amigos fueron su «pilar» para seguir adelante. Para rehacerse a sí misma. «También esa gente que hacía tiempo que te encontrabas por la calle y te decía: 'ánimo, lo que necesitas'. Pero tampoco faltó alguna que otra decepción. Esther recuerda aquel día en el hospital en el que le levantaron con una grúa. «Tenía los músculos doloridos de no moverme, sentía calambres y no podía ni hablar porque tenía la traqueotomía hecha. Se me saltaban las lágrimas», recuerda. Fue entonces cuando un auxiliar espetó: «Ya está la llorona». Su enfermera reaccionó al instante: «Ni se te ocurra volver a acercarte a Esther», le contestó. Ella no guarda ningún rencor.

La siguiente decepción estaba por llegar. Se topó con ella de bruces en cuanto abandonó el hospital. Pidió a su marido los periódicos que se publicaron los días siguientes al atentado. «No podía creer que para los políticos, en lugar de echar el resto para averiguar quién había sido el autor, su afán fuera culparse unos a otros para ganar las elecciones. ¿Por qué no retrasaron las generales para enfrentarse todos juntos al atentado? Al revés. Siguieron con sus cosas e incluso utilizaron lo que había ocurrido. Y yo mientras me estaba muriendo», critica. Esther esperaba más de la clase política.

13

fueron las mochilas o bolsas cargadas con explosivos temporizados para que explorasen simultáneamente. Diez de ellas estallaron entre las 7.37 y las 7.40 horas del 11 de marzo de 2004. Estos datos se extraen de la sentencia número 65/2007 que dictó la Audiencia Nacional.

Ocho bombas

Ocho cargas explosivas fueron colocadas en los vagones que, según el sentido de marcha, ocupaban el primer, cuarto, quinto y sexto lugar de los trenes número 21431 y 17305, con salida en Alcalá de Henares a las 7.01 y 7.04 horas, respectivamente. Todas, salvo la del vagón número uno del primer tren, explotaron. Tres en la estación de Atocha, a las 7.37 y 7.38 horas, en el tren 21431 parado en el andén dos; y las otras cuatro a las 7.39 horas en el tren 17305 que circulaba a la altura de la calle Téllez.

Otras cuatro

Otras cuatro bolsas o mochilas con explosivos fueron colocadas en el tren 21435 con salida de Alcalá a

las 7.10 horas, único convoy compuesto por vagones de dos plantas. Dos, puestas en el piso superior de los vagones cuarto y cinco, explotaron a las 7.38 horas en la estación de El Pozo. Las otras dos, no llegaron a explotar, siendo una neutralizada en la estación y la otra desactivada en el parque Azorin de Vallecas por el agente de Vallecas por los especialistas de la Policía.

El último explosivo

El último artificio explosivo fue colocado por Jamal Zougam en el cuarto vagón del tren número 21713, que salía de Alcalá a las 7.14 horas y explotó a las 7.38 horas, cuando el tren estaba parado en el andén de la vía uno de la estación de Santa Eugenia.

Las víctimas

A consecuencia de las explosiones fallecieron 191 personas en el acto: 34 en la estación de Atocha, 63 en la calle Téllez, 65 en la estación de El Pozo, 14 en la estación de Santa Eugenia y 15 en distintos hospitales de Madrid. Otras dos lo harían después. Además, resultaron heridas 1.857 personas y se produjeron importantes daños materiales

que no han sido tasados en su totalidad.

La autoría

El 11 de marzo el periódico Al Quds Al Arabi recibió en su sede en Londres una carta que afirmaba que las Brigadas de Abu Hafs Al Masri, en nombre de Al-Qaida, estaban detrás de los atentados. En la tarde del 13 de marzo una llamada efectuada a Telemadrid permitió localizar una papelera junto a la Mezquita de la M-30 un vídeo en el que Al-Qaida se declaraba autora del atentado.

Leganés

El 3 de abril la policía localizó y rodeó a varios miembros del comando en Leganés. Los terroristas se atrincheraron en una vivienda y se produjo un tiroteo intermitente. Al verse acorralados, a las 21:03 los terroristas se suicidaron haciendo estallar el piso cuando el GEO iniciaba el asalto. La explosión derribó parte de la fachada del edificio. En esta acción murió un agente del grupo policial, además de los ocho miembros de la célula islamista allí presentes.

Las condenas

Tras más de dos años de investigaciones, la Audiencia Nacional condenó en 2007 a 21 de los 28 procesados.

Recuerda cómo los líderes de turno se hicieron fotos con los heridos leves, pero «nadie fue a la unidad de críticos». «¿Sabe quién entró? El príncipe Felipe y doña Letizia —ahora los Reyes— y el cardenal Rouco Varela. Yo a los políticos les hubiera dicho: ¿Os importo algo?», espeta.

Esther no ha querido leer la sentencia de la Audiencia Nacional en relación al 11-M. Ni tampoco ver el juicio. «Cuando me di cuenta de lo mal que estaban haciendo el análisis de los explosivos dije 'hasta aquí', argumenta. Tras acabar la carrera de Farmacia se quedó en la Universidad haciendo la tesina. Estaba muy familiarizada con la cromatografía de gases, técnica que se utiliza para analizar distintas sustancias. Entre ellas, los metales. De ahí su conocimiento del tema. «Me enfadé tanto... No quería que me quitaran la paz que había conseguido construir», explica. La Audiencia Nacional condenó en 2007 a 21 de los 28 procesados. A dos de ellos, Jamal Zougam y Otman el Ganaoui, a más de 42.900 años de cárcel como autores materiales de los asesinatos, y al exminero José Emilio Suárez Trashorras a 34.715 como autor por cooperación necesaria.

«Sabía lo que era el terrorismo yihadista. Sobre todo, a raíz del 11-S. Pero una cosa es conocerlo y otra vivirlo», asume. Han pasado quince años. A principios de febrero, Esther se subió a un tren con destino a Pamplona. «Me fui sola. Todos me decían que no, que fuera mejor en avión», señala. Pero no cedió. Lo que no ha vuelto a hacer desde los atentados de 2004 es ocupar un tren de cercanías en Madrid. «Lo he intentado en tres ocasiones», revela. «El miedo no es ir en el tren, sino pasar por El Pozo». Con motivo de la cabalgata de Reyes, se planteó dar el paso. Pensó en acercarse al centro con sus hijos. «Pero la noche anterior empezaba a vomitar por los nervios», lamenta. «Cuando esté preparada, supongo que ese día me escaparé y lo conseguiré», afirma. En la estación de El Pozo se levanta una escultura en memoria de las víctimas. «Eso me han dicho», asiente. Aún no ha podido ir a verla. Algún día...

— Si algo no le han quitado es la sonrisa.

— Es que estoy viva.